

La mirada salvará al mundo

Es frase de Dostoievski. O la timidez, o la indiferencia, o el activismo incontrolable nos llevan hoy a ignorar a los demás, pasar de largo ante su dolor a gritos, bajar la vista o querer escondernos en el anonimato más absurdo. Poco a poco, vamos perdiendo el lenguaje de la mirada: Su magia, el éxtasis, su calor, su acogida. Una mirada es como una radiografía que devela el diagnóstico del alma o deja en ella el resplandor del fuego.

Hay personas que nos miran y nos devoran con su mirada. Es como un rayo o dinamita que destruye. Otras al mirarnos nos dejan la sensación de bonanza, de paz, de gozo cumplido. Y hay quienes con solo su mirada elevan nuestra autoestima, nos devuelven la dignidad y recobran en nosotros el sentido de pertenencia, de identidad. La mirada es un don que nos pone a la altura del donante, quien siembra en nosotros el regalo de su amor.

Jesús en el Evangelio nos regala su mirada. Es fuego, es luz. Incendia, abre horizontes, quema etapas, inscribe en el corazón la felicidad. Atrae, contagia, inquieta, estimula. Su mirada es honda, penetrante, escrutadora. Más que todo, transformante, curativa, sanadora: Nos cambia, nos renueva. Se detiene ante su interlocutor y comienza a derramar bendiciones que son como catedrales. Todo lo inunda, lo toca, lo dignifica con su mirada.

Es Marcos quien nos devela el detalle más significativo del diálogo entre Jesús y el joven rico. Al retirarse, por encontrar contradicción total entre sus riquezas y el vaciamiento que pedía el Maestro, relata el evangelista que Jesús “lo miró y lo amó”. También en Getsemaní, Jesús miró a Judas y le dijo: “Amigo”. Son miradas que no se borran, quedan tatuadas en la exigencia siempre nueva, de nuestra conversión.

Cochabamba 10.09,21

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com